

NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO ACTUAL JAPONES

Dedico este modesto trabajo a mi maestro Doctor D. Enrique Rivera de Ventosa, a través de cuya dirección como director de tesis pude aprender no sólo la filosofía sino la vida misma.

INTRODUCCION

La distancia adecuada, en general, nos puede proporcionar el conocimiento más preciso de los objetos, ya que nos libra de alguna forma de ellos y nos facilita una visión en su totalidad.

En la España de 1972 a 1982, donde nos tocó pasar nuestra segunda vida estudiantil, acontecieron tantos sucesos que se sintieron desorientados los que se hallaban en medio de ellos mismos. La mayoría de los cuales fueron además de tanta magnitud que debieron quedar grabados en la historia de España. Fue natural que nosotros, que vivíamos inmersos entre su pueblo y compartíamos sus inquietudes, no fuésemos capaces de tener una visión consciente de que la historia española contemporánea tomaba una curva grande y decisiva en el proceso de la democratización del país.

De vuelta a nuestro país, ante la fisonomía transformada de Japón que ante nosotros se presentaba después de largos años de ausencia, al principio no sabíamos en qué apoyarnos. Ya no podíamos encontrar aquel mundo cuyas etapas de desenvolvimiento nos acompañaron durante los primeros veinte años de nuestra vida, o sea el de antes de la llamada primera crisis energética. No pudimos dar crédito a nuestros propios ojos ante los elevados precios. Cuando fuimos a los grandes almacenes llenos de surtidísimos y multicolores artículos, los niños de la primera o segunda enseñanza se aglomeraban alrededor de las máquinas de juego electrónico o computarizado y desarrollaban su partida devanándose los sesos delante de la pequeña pantalla. Nos daba la impresión de como si estuviésemos en otro mundo diferente.

Pasados los primeros momentos de confusión, empezamos a ojear la prensa y el mayor número posible de publicaciones que salían a la calle diaramente. Así se nos iba formando poco a poco una idea respecto a la sociedad actual de Japón. Desde el punto de vista del desarrollo de la tecnología, nuestro país por fin ha llegado al mismo nivel que otros

países avanzados tales como EE. UU. y algunos países occidentales. Y ya no está en etapa de asimilación, sino que ha entrado en la fase de creación.

Japón que se había entregado a asimilar los últimos adelantos científico-tecnológicos, ahora se ve obligado a que su capacidad casi innata, como veremos en su lugar, realice un salto para lograr la capacitación de su facultad creadora. Podría afirmarse que con este motivo es natural que nuestro país precisa tener mejor conocimiento de su identidad.

Al hablar de una sociedad muy desarrollada o superindustrializada, se suele imaginar un cuadro, el cuadro de aquella figura solitaria de la gente entre enormes edificios o las altas chimeneas de fábricas gigantes. De ahí se tiende a concluir la deshumanización y la decadencia de la espiritualidad.

Sin embargo, nos han dado la impresión de que la cosa no sea así, es decir: Japón, bien consciente del peligro que al cabo de la acelerada industrialización puede correr, ya ha venido realizando esfuerzos en esta dirección y se ha impuesto un rumbo más prometedor. El hecho de que nuestro país ha obtenido cierto éxito en la corrección de los medios ambientes bastante deteriorados parece dar pábulo al pueblo a la hora de hacer esfuerzos en los asuntos espirituales. El alza de los estudios filosóficos es una prueba de ello.

En este breve trabajo, nos proponemos aclarar en la medida de lo posible algunos aspectos del pensamiento actual japonés, refiriéndome a los tres puntos siguientes: En primer lugar, echaremos un vistazo a la acumulación de la cultura en el marco histórico; en segundo lugar, veremos la relación entre la actitud fundamental japonesa ante la cultura extranjera y su mundo industrializado de hoy; y, finalmente, pondremos de relieve la presencia del cristianismo en nuestro país.

1. ¿Cuál es la fuente principal que ha conducido a Japón por el camino del desarrollo científico-tecnológico durante las últimas décadas? Cuando uno se enfrenta con la sociedad japonesa que ha alcanzado notables progresos, es lógico que se pregunte por el secreto de su éxito. De hecho, muchos de los estudiantes que vienen de los países asiáticos a nuestro país a aprender ciencias técnicas han mostrado un fuerte interés por la supuesta fuente de energía. Se preguntan cuál es el apoyo espiritual de su logrado desarrollo. Hay estudiantes que llegan especialmente para descifrar el secreto con objeto de la mejor implantación en el país de origen de los conocimientos aquí obtenidos. Pero si algunos fallan en sus intentos, es que han querido encontrar la respuesta en los fenómenos inmediatos, no sabiendo por muchas causas penetrar en lo latente de los hechos. Lo que ellos están buscando o tratan de comprender no empezó a tener origen en estos doscientos o trescientos años. En la capa más profunda de la historia del país hay algo grande que su pueblo ha heredado a lo largo de milenios.

Antes, cuando se consideraba algo del Japón, se solía proceder a la comparación entre lo de antes de la Segunda Guerra Mundial con lo de después de ella. La gente se inclinaba a pensar que después de la Guerra todo lo anterior se deshizo y se convirtió en ruinas. Y que

por tanto fue una fuerza completamente nueva la que realizó el desarrollo de Japón. Aún hoy día es posible encontrar a japoneses que conciben de este modo la rehabilitación de la posguerra.

Pero, ¿nacó aquella capacidad repentinamente de los impulsos confusos a raíz de la guerra? Creemos, por nuestra parte, que esa capacidad que aparece en la posguerra existía de alguna forma en los tiempos anteriores a ella. Asimismo no sería difícil suponer que lo de antes y después de la Guerra tiene su base común con aquella fuerza que promovió la Revolución de Meiji (1868). En efecto, aquellas fuerzas promotoras del gran cambio del régimen político no tuvo luz súbita en las circunstancias especiales desencadenadas a raíz de la Revolución. Antes de ésta hubo una larga temporada en que Japón tenía sus puertas cerradas hacia el extranjero y se cargaba de energía. A la hora de realizarse la rápida asimilación tecnológica debió de jugar un papel decisivo la acumulación de toda suerte llevada a cabo durante la Era de Edo que duró doscientos sesenta años largos.

Para hacernos una somera idea de la acumulación de la cultura tomemos como barómetro la difusión de la educación en el Japón de entonces: A mediados de siglo diecinueve se esparcían en todo el país varios miles de «trakoya» (una especie de academia privada) que se hacían cargo de la enseñanza primaria. En ellas estaban escolarizados un cuarenta o cincuenta por ciento de niños y un quince por ciento de niñas. No cabe duda de que esta cifra muy elevada para el mundo de entonces constituyó una sólida base para la buena difusión de la enseñanza del país de que actualmente cuenta con más de cuatrocientas universidades y el porcentaje de los alumnos que pasan a la facultad es de treinta y siete por ciento.

Antes de esa época que empezó con una cultura popular fomentada en los momentos de paz, hubo un período turbulento en que dejó al pueblo en una paupérrima condición de vida. A este período bélico, sabemos que precedió asimismo otro en que florecieron la cultura y la literatura. Este trozo de la historia japonesa se llama la Era de Heian (era de gran paz). La literatura de entonces se remonta a su vez a la Era de Nara. En ésta se produjeron tres obras de primera importancia. Se trata de *Manyoshu*, que reúne poemas compuestos durante trescientos años: *Nihonshoki* y *Kojiki*, que son los primeros intentos de redactar la historia japonesa. Estos tres se consideran como los clásicos más antiguos del pueblo.

Si nos hemos referido a algunos títulos de los clásicos japoneses, no teníamos la intención de hablar de la historia de la literatura japonesa ni estábamos preguntando sobre la forma de la mitología o la idea política de aquellas obras. Simplemente queríamos poner de manifiesto que en esa época Japón ya contaba con una lengua rica que aun está palpitante en nuestra alma.

2. En cuanto al origen de nuestro país, no se sabe nada claro aun con la perspectiva actual que han alcanzado investigaciones arqueológico-antropológicas. Llamamos «Yamataikoku» al primer estado montado en este suelo, pero no disponemos de datos fehacientes para demos-

trar su sede y su estructura con todo detalle. Es que nosotros mismos casi no podemos saber la situación que tenía en los primeros siglos nuestro país. Además de esto, casi completamente ignoramos de qué modo fue formándose la lengua vernácula. Aunque se reconoce que la cultura antigua del Japón es heredera de la de Corea, no debemos apresurarnos a atribuir el origen del idioma a la misma cultura coreana. Lo que está evidente es que, como nos hemos referido hace poco, antes de ser escritas aquellas obras clásicas existía una lengua japonesa provista de suficiente vocabulario y estructura gramatical. Y esa lengua no fue más que una lengua hablada sin que fuese retenida por escrito. A pesar de su condición de lengua hablada, el antiguo japonés debió poseer alto valor literario y permitió la configuración de la tradición literaria que iba a empezar con *Manyoshu*.

Aquí nos llama la atención el hecho de que las oleadas de la cultura y literatura chinas avanzaron sobre aquel país carente de letras. Esas oleadas también puede decirse que fueron incitadas por los japoneses mismos. Fueron olas gigantescas de muy elevada civilización.

Aquí, en cambio, había un mundo de otra dimensión, o sea un mundo cuyos habitantes vivían solamente de la lengua hablada. Pero ha de reconocerse la vitalidad del pueblo que supo armonizar esos dos mundos distintos o casi contrapuestos en algunos puntos y desarrollar lo que tenía dentro de sí heredado haciendo uso de la cultura forastera.

Parece que en aquel entonces ya se había constituido ese rasgo cultural propio del japonés, a saber, la asimilación y se aceptó la cultura extranjera bajo la forma de los llamados caracteres chinos. Empero no las asimilaron en su forma original. Sino que los transformaron para que se ajustasen a la necesidad y posibilidad que estaban vigentes en nuestra tierra. Inventaron otros dos tipos de silabarios «hiragana» y katakana» y con el uso indistinto de esas tres formas facilitaron la escritura y la lectura de la lengua japonesa. En resumidas cuentas, no aconteció de ningún modo el fenómeno de que el idioma vernáculo fuera barrido por la inundación de las letras chinas muy desarrolladas. «Creo que en este hecho está vivamente presente el espíritu tradicional del pueblo», afirma en cuanto a este hecho histórico un representante empresario e intelectual del Japón de hoy.

Al volver la mirada hacia ese período de la historia del país nos sorprende profundamente el hecho de que algunos japoneses intelectuales pasaron con riesgo de su vida al continente chino, confiando su existencia a una primitiva embarcación y estudiaron la cultura china a casi el mismo nivel que los más destacados estudiosos de aquel gran imperio. Actualmente están en curso de publicación las obras completas de Kukai (774-835). Cuando las cogemos en la mano y leemos sus bellísimas y profundas páginas, nos asombra no sólo su capacidad intelectual sino también el hecho de que comprendió la cultura china de entonces en su alto nivel y la trajo a su tierra natal. Sobre todo se ha de apreciar el valor de su estilo y su habilidad de aprender los principios del budismo. Si tenemos en cuenta que fue en el año 538 cuando se transmitió a Japón el Mahayana a través de la Península coreana, se

nos pone más de relieve los incalculables empeños que realizó en China el bonzo Kukai que luego fundaría su propia secta.

Dicho sea de paso, en el folleto de inscripción de las mencionadas obras completas un destacado investigador del budismo compara a este benemérito bonzo con Santo Tomás de Aquino. Nos llama mucho la atención el que diga que Kukai iguala al doctor Angélico en la redacción hecha cara al lector de nuestro país. Lo cual parece poner de manifiesto que aquí se conoce bien y se aprecia al Aquinate.

Como en otros tiempos, también hoy está muy vivo el interés que tiene Japón por las culturas de otros países. Los que se consagran a los estudios más avanzados intentan elevar la conciencia del pueblo de modo que sirva para la comprensión humana a escala mundial. Se podría afirmar que ya ha desaparecido aquel estrecho nacionalismo que arrastró al país a la última guerra. Y muchos están realizando grandes esfuerzos para un mejor futuro. Cada uno trabaja en su campo con un poco más de tiempo para pensar del que antes disponía. Cuando se trata del trabajo o logros que se alcanzan aquí, los extranjeros tienden a acentuar sobremanera virtudes tales como asiduidad y laboriosidad del pueblo. Pero los japoneses nunca han pensado que están haciendo algo muy extraordinario. Están fabricando cámaras, relojes, coches, etcétera con su natural ánimo respaldado o fomentado a lo largo de la historia. Ni siquiera han imaginado que están trabajando con la intención de monopolizar el mercado mundial. Si los productos japoneses son apreciados en todo el mundo, será más bien por la calidad que les exigen severamente el consumidor japonés, como veremos en el próximo párrafo.

Como hemos dicho anteriormente, el fundamento directo que facilitó la modernización a partir de la Revolución de Meiji, se debe principalmente a la elevación del nivel de vida y cultura que se llevó a cabo durante le Era de Edo. Dado que la cultura de Edo es de tipo popular, se puede deducir que existía ya entonces un cierto nivel de vida en el pueblo, nivel que no se daba en las clases populares de la Europa de esa época. Este hecho nos explica la elevada exigencia que impone el consumidor japonés al fabricante. La empresa y su gente, por su parte, se esfuerzan conjuntamente por satisfacer la demanda del consumidor. Pero si reflexionamos sobre la situación del mercado mundial, desgraciadamente han dado pie a la fricción comercial los productos que son en cierto sentido fruto del espíritu tradicional del pueblo japonés. Hoy éste es consciente de los problemas y empieza a buscar un nuevo rumbo bajo una nueva perspectiva planetaria, es decir, la de que la humanidad es una comunidad.

3. Si echamos la mirada hacia un aspecto espiritual del Japón actual, aquí limitándonos sólo a la vertiente cristiana, podría afirmarse que se nota cada vez mayor interés por el pensamiento, la teología, estudios bíblicos y con visibles resultados. (Según el «Anuario bibliotecario de Japón mientras se publicaron 20.466 títulos nuevos en 1973, de los cuales 1.203 fueron de filosofía, en 1982 se registraron 30.034 títulos nuevos, de los cuales 1.500 fueron de filosofía. Entre estos 1.500, 209 son

de la filosofía cristiana). Aunque no los nombramos por la limitación del espacio de que disponemos, hoy en Japón se publican excelentes trabajos en el campo de los estudios bíblicos, a pesar del innegable hecho de que queda mucho por hacer en comparación con el nivel y la acumulación de trabajo alcanzados en el campo científico-tecnológico. Tal vez la distancia geográfica ha sido una de las causas que han desfavorecido el progreso de los estudios en dicho campo. Pero el número ascendente de publicaciones parece anunciar un porvenir positivo.

En cuanto al estado actual del pensamiento japonés, concretamente del pensamiento cristiano, el número de cristianos japoneses es todavía muy reducido. Sin embargo, da la impresión de que el pueblo japonés aprecia el espíritu cristiano. Si reflexionamos en el espacio de tiempo que va de Meiji hasta hoy, las obras de bastantes escritores de primera línea dan testimonio de que se sintieron muy atraídos por el cristianismo y tuvieron un profundo conocimiento de él. Uno de los que han ejercido enorme influencia entre esos literatos fue Kanzo Uchimura (1861-1930). Este cristiano que tuvo por lema «I for Japan: Japan for the World: The World for Christ: And All for God», no dejó de escribir sobre la Biblia a lo largo de su vida. En este instante están por tercera vez en curso de publicación sus obras completas que constan de cuarenta gruesos volúmenes.

Respecto a los grandes pensadores de antes de la última guerra están presente en nuestra mente los nombres, entre otros, de Shoichi Iwashita y Yoshimitsu Yoshihiko. Estos eminentes estudiosos católicos insistieron en la importancia de la comprensión de la metafísica fundada en la vertiente aristotélico-tomista y del conocimiento contemplativo sobre ella.

La influencia que el pensamiento cristiano ejerció sobre los japoneses ha sido considerable. La cultura cristiana parece estar penetrando con firmeza a pesar de su lentitud en la sociedad japonesa, sobre todo, a partir del buen número de universidades cuyo espíritu fundacional es cristiano.

Ahora haremos referencia a unos datos recientes. Hace poco nos han llamado la atención entre otros los artículos de la prensa: En primer lugar, uno de los semanarios de mayor tirada se enfrenta con una traducción japonesa recién hecha de la Biblia. Dice que el estilo del japonés contemporáneo que se empleó en ella no es muy feliz, sin que se olvide que ha sido uno de los intentos de superación que se repiten insistentemente en nuestro país —de hecho hay una larga historia de traducciones bíblicas en Japón—. Está claro que esa opinión no es nada negativa. Más bien es un indicio de que para la cultura japonesa de hoy el conocimiento de la Escritura es en cierto sentido importante.

En segundo lugar, uno de los grandes periódicos publica hoy una propaganda de media página en la cual se habla de la figura de San Francisco de Javier. Y afirma que él fue casi el primer hombre que presentó Japón al mundo europeo y por otra parte trajo a las tierras japonesas las últimas innovaciones e inventos de la Europa de aquel tiempo.

Hemos visto estos dos artículos al azar. Creemos que hace una década era difícil encontrar este tipo de artículos, sobre todo, un artículo que trata la Biblia en el sentido popular que acabamos de ver. Además creemos que podríamos añadir que hoy se encuentran mayor número de citas bíblicas entre los libros nuevos.

A propósito de todo esto también debemos decir que lo que forma el núcleo de la vida intelectual de los japoneses está principalmente en la cultura de caracteres. Hay que destacar que en comparación con la vida del occidental medio los libros juegan mayor papel en la vida del japonés medio. En cuanto a las publicaciones semanales las de la primera clase tienen una tirada de más de quinientos mil ejemplares a la semana. Respecto a los periódicos se publican entre los tres más grandes más de veinte millones de ejemplares a diario. Estos *mass-media* lleva al pueblo diariamente infinitas informaciones de muy variada índole.

Hablando de la presencia del cristianismo hemos de recordar la gran repercusión que tuvo en el país la visita del Papa en el mes de febrero de 1981. El Pontificio hizo un llamamiento enérgico sobre la abolición completa de las armas nucleares. En el Congreso mismo se tomaron en consideración las palabras que pronunció en Hiroshima y Nagasaki. Dicen que la Iglesia católica, al principio, no esperaba que tuviera tanto éxito la visita del Papa en nuestro país. Pero en Hiroshima que no es una ciudad católica en el sentido riguroso de la palabra, la ciudad entera le dio la bienvenida más cordial. Aquí no podemos por menos de recordar aquel prólogo que ya hace medio siglo Karl Adam escribió al lector japonés de la edición japonesa de su *Das Wesen des Katholizismus* (Tübingen 1931). Empezaba aquel prólogo con estas palabras: «Desde el punto de vista católico ningún país podría llamarse extranjero y ningún pueblo podría llamarse forastero».

A MODO DE CONCLUSION

Hemos señalado algunos aspectos del pensamiento actual japonés. Pero repetimos que sólo algunos han sido los que hemos podido tratar en este breve trabajo. Sin embargo, creemos que de estas notas se podría sacar una pequeña conclusión: La subjetividad natural del pueblo japonés ante la cultura extranjera y su excelente o inigualable capacidad de asimilación sostienen la sociedad tecnológica muy avanzada de hoy. Y por tanto este hecho hace suponer que Japón superará la etapa venidera más difícil de su desarrollo, es decir, de su desarrollo creativo. Y esa capacidad, que parece ser confirmado en el campo tecnológico, es uno de los factores que nos pueden prometer resultados muy positivos en el campo de la cultura espiritual. Nuestro país podría aportar en su día algo importante para la integración del Oriente y el Occidente en una visión más planetaria.

NOBORU KINOSHITA

BIBLIOGRFIA BREVE*

- (1) Takeshi Umehara, *Nippobunkaron* [Sobre la cultura japonesa] (Tokio 1983). — (2) Robert C. Christopher, *The Japanese Mind: The Goliath Explained*, trad. japonesa por Jiro Tokuyama (Tokio 1984). — (3) onKosuke Matsushita, *Nippon to nippojin ni tsuite* [Acerca de Japón y del pueblo japonés] (Tokio 1982). — (4) Masanori Moritani, *Nippon no sentan gijutsu* [La tecnología más avanzada de Japón], Nomurasoken, *Sekai to Nippon* [El mundo y el Japón] (Tokio 1982).